

sapientia Dei sapientiam superaverit. S. Ambros. in cap. 5 Ep. ad Rom.

Non capiunt fidei magnitudinem angusta impiorum peccatorum. Idem de Spiritu Sancto, lib. 5, cap. 18.

Quomodo credidissent philosophi, ni rei, quæ non videbatur eidenter, miracula fecissent fidem. S. Aug. lib. 22 de civit. Dei, cap. 7.

Non licet in fide putare, vel disputare pro libito; non hac illacque vagari per inania opinionum, per devia errorum...; aliquid tibi certum fixumque præfigitur; nisi certis clauderis finibus, limitibusque coartaris. S. Bernard. contra Abailard.

Magna insania Evangelio non credere, cujus veritatem sanguis martyrum clamat, apostolicæ resonant voces, prodigia probant, ratio confirmat, elementa loquuntur, dæmones confitentur: sed longe major insania si de veritate Evangelii non dubites, viveres tamen quasi de ejus falsitate non dubitares. Picus Mirand. Epist. 2.

Domine, si quod credimus error est, à te decepti sumus; nam ea quæ credimus, confirmata signis et prodigiis fuere, quæ non nisi per te facta sunt. Richard. á S. Vict. lib. 2 de Trin. c. 2.

Véase: DUDAS EN MATERIA DE RELIGION.

como si la ciencia humana fuese superior á la divina.

El corazon mezquino de los impíos no comprende ni abarca toda la majestad y grandeza de la fé.

¿Cómo habrian creído en la religion los filósofos, si los milagros no hubieran confirmado misterios que eran muy ocultos?

En materias de fé, no es lícito pensar ó disputar libremente, ni aventurarse á vanas opiniones ni arrojarse al campo de los errores, ora en un sentido, ora en otro... porque siempre se nos proponen principios ciertos y fijos: á no ser que nos propusiéramos ciertos límites, y nos encerráramos en un círculo prudente.

Es gran locura no creer en el Evangelio, cuya verdad la encarece la sangre de los mártires, la anuncian los apóstoles, la prueban los milagros, la razon la confirma, la declaran los elementos y la confiesan los demonios: pero aún seria mayor locura no dudar de la verdad del Evangelio, y vivir como si estuviéramos ciertos de su falsedad.

Señor, si fuera falso lo que creemos, tú nos habrias engañado; puesto que todo cuanto creemos, ha sido confirmado con prodigios y milagros, que tú solo puedes obrar.

INDIFERENCIA RELIGIOSA.

I.

Gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt.

Hacen gala de lo que es su desdoro y confusión, aferrados á las cosas terrenas.

(PHILIP III, 49.)

Cada siglo tiene su plan de ataque contra la verdad, la cual está destinada á ser siempre combatida y á triunfar siempre. La persecucion, la herejía, la ignorancia, la calumnia, el poder secular, una filosofia del todo humana, la incredulidad, en fin; han sido los principales enemigos que, hasta el último siglo, pusieron alternativamente á prueba la paciencia de la Iglesia, é hicieron resplandecer con el mayor brillo su santidad, su poder y su gloria.

En el siglo actual, el error ha cambiado de nombre y de sistema de ataque. Llámase indiferencia; y en vez de proferir grandes gritos y hacer amenazas terribles como un pueblo bárbaro, que corre á la pelea, pretende, con su afectada moderacion, recoger más seguramente la herencia de la incredulidad ruidosa del último siglo. Pero, la indiferencia no ha podido ocultar tan bien sus funestas tendencias, que los centinelas avanzados del catolicismo no hayan dado, hace ya tiempo, la voz de alarma, y descubierto sus hipócritas designios.

La indiferencia en materia de religion es la llaga más repugnante de los tiempos modernos; es el azote y escándalo de la sociedad: enfermedad vergonzosa, que envenena sordamente en su manantial los principios de la vida de las naciones, amenaza viciar á la vez todo el cuerpo social, y parece preparar á la Iglesia de Jesucristo el ataque más general y más difícil, tal vez, de que ha tenido que triunfar desde su nacimiento. Diríase, que hoy, los falsos sábios, sucesores de los que en todos los siglos han combatido contra la verdadera sabiduría de Dios, se han cansado, en fin, de suscitarse dificultades y multiplicar sus argumentos y calumnias contra las verdades, que son el fundamento de la fé. Han venido á estrellarse tantas veces contra la piedra

angular del edificio inmortal de la Iglesia, que parece, que ya no quieren ese género de combate. ¿Y qué han hecho? Se han replegado sobre sí mismos en un innoble y estúpido reposo; esparcen sordamente en las masas semillas de muerte y esperanzas de nada.

Reconociendo la existencia de Dios, el indiferente confiesa de muy buena gana, la necesidad de lo que él llama *principio ó sentimiento* religioso; pero, véngase luego de esta concesión única, envolviendo en un desprecio, ó, cuando ménos, en una indiferencia general, todas las formas de religion, persuadido, de que ninguna ha sido revelada. Hé aquí todo su símbolo. Mas, no por eso deja de tener la pretension, de haber establecido en todas partes, con su sistema, la concordia y la paz, y emancipado al espíritu humano, libertándolo de los pañales que hasta aquí le tuvieron opreso en su cuna. Vamos á contestar á esas magnificas pretensiones del indiferente, probándole, que pertenece al número de los que cifran su gloria, en lo que deberia ser el motivo de su confusion. Para cumplir este propósito, vamos á demostrarle su mala fé, su crimen, y el terrible castigo á que se expone. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No es difícil probar, que el indiferente lo es siempre de mala fé. Viviendo en pleno catolicismo, para dispensarse de creer sus dogmas y seguir su moral, el indiferente pretende vivir en una duda continua sobre la verdad de la religion. Ese estado es imposible, hermanos míos, absolutamente imposible al espíritu humano. El hombre puede dudar durante algun tiempo; pero, bien ó mal de su grado, habrá de cesar pronto de dudar para creer ó para negar, cuando se trate de sus más graves asuntos.

El hombre es naturalmente curioso, inteligente, activo; nunca se detiene en sus investigaciones. Cuanto más le importa conocer una cosa, tanto más se redobra su impaciencia para explicarla; y ántes que dejarla sin solucion y suspenso su espíritu, cortaria el nudo de la dificultad con la espada de la afirmacion ó de la negacion. El deseo de saber, es en el hombre un deseo inmenso y sin cesar renaciente. Él penetra los misterios más ocultos, tanto con la fuerza de su heroica perseverancia, como con la noble facultad de su entendimiento. Sondea con su mano la tierra, para arrancarla secretos, que la naturaleza, al parecer, queria esconderle para siempre; y su mirada cruza el firmamento, para observar las gigantescas evoluciones de los mundos. ¿Y no habria más que su autor y las leyes del alma, que no fuesen capaces de cautivar la atencion del hombre? ¡Pues, qué! este dios, caido del cielo, ¿no se acordaria ya de su sublime origen y de

sus grandes destinos? ¿O bien habria de agitarse sin cesar, y espirar del todo en el círculo de hierro de su vida animal, que solo dura un dia?... ¡Oh!... nó!... Aunque el indiferente nos repita, hasta la saciedad, que está dudando, y que no tiene deseo alguno de saber, no le creeremos; pues, probado lo tenemos, y convencidos estamos: el hombre puede equivocarse en el objeto de su estimacion ó afecto; pero, sostendrá su error, lo defenderá tenazmente, y querrá hacerlo prevalecer. Nunca será indiferente, á lo ménos de corazon, ó bien no se hallará en un estado normal; pues, cierto es el dicho de un célebre filósofo moderno, sobre todo, en materia de religion: «La indiferencia es en el hombre la señal más notable de la estupidez.»

Por otra parte, si los indiferentes, en materia de religion, fuesen realmente lo que ellos pretenden; si realmente dudasen, veriamos, que algunos adoptarían para su conducta, en medio de su duda, el partido de la fé; y sin ser más inconsecuentes que los demás, mostraríanse más cuerdos en cierto concepto. ¿Qué sucede? Todos los indiferentes adoptan por unanimidad, para su conducta, el partido de la incredulidad. Explicad semejante acuerdo con la indiferencia.

Si les atacamos, nos dirán, que cada cual debe seguir la religion de su país. Como pues nacieron católicos; como viven en completo catolicismo, en un país católico, deberian, sujetándose rigurosamente á su sistema, practicar la religion católica. Pero ¿se les ve orar? ¡Nunca! Y luego vendrán formalmente á decirnos, que cada cual debe observar la religion de su país. En verdad, ¿á quién creen engañar con semejantes palabras? Nó; los indiferentes no son lo que pretenden; ellos no dudan, sino que rechazan con todas sus fuerzas los claros testimonios de la verdad, y ahogan en su corazon el grito del remordimiento.

¿Hay que probaros aún, que la indiferencia solo es un sistema lleno de mala fé? Y ¿quién, pues, hermanos míos, ha hecho la guerra al catolicismo en los folletos y en los periódicos? Los supuestos indiferentes. ¿Quién derrama sobre él la hiel del sarcamo y de la ira? ¿Quién afea en toda ocasion el dogma, la moral, la disciplina, el culto, y á los ministros de la Iglesia católica? También los supuestos indiferentes. ¿Quién aprovecha toda oportunidad de humillar al verdadero católico? Siempre los supuestos indiferentes.

Y aún, no hacemos más que juzgar por las apariencias. ¿Qué seria, si nos fuese dado leer en los corazones? ¡Oh! entónces veriamos, que toda esta supuesta indiferencia es un odio envenenado, siempre vigilante, siempre dispuesto á dar el mismo grito de intolerancia y de muerte, que ha resonado en todos los siglos: el grito del error con-

tra la verdad, el grito de las pasiones contra la virtud, el grito de los pecadores contra los justos, el grito de los judíos contra Jesús.

La indiferencia es solo una hipocresía, un disfraz cómodo, para ocultar la reunion y la tolerancia de todos los errores; la indiferencia es solo una palabra inventada por el incrédulo, que, sin pasar por impío, quiere obtener el libre goce de sus errores y pasiones.

Hemos mostrado la mala fé del indiferente; mostrémosle ahora el crimen de su indiferencia.

2. La mala fé es siempre un crimen; pero, el crimen es enorme, cuando se entra con mala fé en el exámen de la cuestion religiosa. El indiferente, pues, es ya un gran culpable. Despues de haberle probado su mala fé, probémosle tambien, que en su estado pasivo de indiferencia hay crimen de rebelion contra Dios. El indiferente considera á Dios como á causa primera de cuanto existe: y hasta aquí, no anda equivocado. Sale Dios del reposo de que goza desde la eternidad, y la creacion surge de su seno, como una inmensa emanacion de la plenitud y superabundancia de su sér. Así es, que el mundo no existe sinó por el poder de Dios, quien lo rige con su sabiduría y lo embellece con su amor. Por consiguiente, el mundo es de Dios, pues Dios hizo el mundo, y Dios conserva y rige el mundo. Y si él pudo poner la tierra sobre el vacío, y dar leyes á toda la creacion material, tambien pudo darlas al entendimiento humano, que no le pertenece ménos. El pudo hacer saber su voluntad á las inteligencias; él pudo hablar al hombre, y disponer por sí mismo la manera con que queria ser adorado y servido.

Y de ahí para el hombre, la obligacion de saber la voluntad de su Dios; de cumplirla, cuando la sabe; de estudiarla, cuando la ignora; y de esclarecer sus dudas cuando las tiene. Tal es el primero y más riguroso deber del sér inteligente y libre; tal es el primer uso que debe hacer de su libertad y de su inteligencia. Pero, ¿qué hace el indiferente? Niégase á saber la voluntad de Dios; no quiere estudiarla; quiere, sí, dudar, se empeña en dudar, atormentase para dudar, para persuadirse, de que Dios no ha hablado, ó de que, si ha hablado, es imposible distinguir su palabra. ¿Qué es, pues, la emancipacion del espíritu, de que se nos habla como de un inmenso progreso? ¿No es ántes una rebelion abierta del sér inteligente contra su autor?

Y aún no consiste en eso todo el crimen del indiferente con respecto á Dios; pues, para que no se le tenga por impío, dice: yo adoro á Dios; pero, sostengo, que, para adorarle, todas las formas de religion son buenas: á cada uno le basta seguir sin exámen y sin temor la religion de su país. *¡Todas las religiones son buenas!* ¡Blasfemia

contra la verdad, confundida con el error! ¡Blasfemia contra la virtud, igualada al vicio! ¡Blasfemia contra Dios, que no hubiera tenido bastante sabiduría para prescribir la manera con que queria ser adorado, y habria dejado al hombre en completa libertad de adorar á su autor, segun su entender, sin poner limite alguno á las divagaciones de su mente y á la inmoralidad de su corazón! *Todas las religiones son buenas.* ¡Pues qué! ¿lo era tambien la religion de los salvajes, que inmolaban víctimas humanas, y manchaban los altares de sus dioses con la sangre de los infelices náufragos? ¿Lo era tambien la de los cartagineses y cananeos, que daban sus hijos á Saturno y á Moloch para que los devorasen? ¿Lo era tambien la de los romanos, más cultos, que enterraban vivos á los galos; y la de los griegos, que hacian iniciar á sus hijas en los misterios de Vénus ó de Proserpina? ¡Qué impiedad!... ¡Qué horrores! El mundo iba hiego á tener cuatro mil años, y los pueblos estaban trabajados por el sublime presentimiento de una nueva revelacion; todas las naciones esperaban á un Salvador en un Dios encarnado. Algunos grandes hombres y algunos filósofos paganos, cansados del politeismo, saludaban de lejos al Dios único, al Dios espíritu; y Sócrates moria por haber enseñado la unidad de Dios. Viene, por fin, el Salvador esperado; cambia el mundo; apodérase de sus destinos y los rige á su voluntad; y la tierra lleva en mil partes las indelebles señales de la presencia del Dios tan deseado. Y ahora, diez y ocho siglos despues de su venida, ¿qué quieren nuestros indiferentes, esos héroes del progreso, esos amantes de las luces?... Ellos profesan la unidad de Dios, de palabra; pero, de obra, restablecen y proclaman el politeismo más completo y absurdo, y toda la preponderancia de la materia sobre la inteligencia. El Dios verdadero, el Dios espíritu, confúndenle ellos con los dioses impúdicos y ladrones de los griegos y los romanos, con los dioses crueles de los salvajes, con los dioses absurdos de la India, con los dioses brutos de los egipcios, con las treinta mil divinidades de todo género que contaba Varron, el sábio romano.

Queda bastante probado el crimen del indiferente; digamos ahora, en pocas palabras, el peligro á que se expone.

3. ¿Hay ó no hay una religion revelada, una religion verdadera, que el hombre esté obligado á seguir para llegar á su fin, que es la felicidad en la posesion de Dios? El indiferente pretende que lo ignora. Para él, tan posible es lo uno como lo otro; pero, eso, no le da ningun cuidado, y él obra como si no existiese una religion revelada. Lo que el indiferente sabe muy bien, es; que no quiere inquirirlo; prefiere estar siempre dudando. Las consecuencias de esta duda pue-

den ser espantosas, terribles, eternas; no importa; él no quiere hacer caso. Y no creais, que sea por alguna apatía particular de su carácter; no tiene nada más ni ménos que los demás hombres; si permanece en la inaccion respecto de la verdad religiosa, es; porque concentra toda su energia, toda su inteligencia, todas sus afecciones, todo su sér, en las cosas de la tierra y en las miserables naderías de esta vida transitoria; forma cada dia nuevos proyectos, y trabaja sin cesar para realizarlos. ¡Qué actividad, qué aplicacion, cuando se trata de conservar su salud, de acrecentar su fortuna, de vengar su honor!

Pero, tal vez, Dios ha hablado; tal vez, Dios es bueno ahora, y á la muerte será terrible; tal vez, hay una religion revelada en la tierra, y el hombre está aquí abajo en un lugar de pruebas; tal vez, tambien ese infierno, con que la religion nos amenaza, será un dia para el indiferente una triste y harto desdichada realidad; y tal vez, tambien, el indiferente tendria algun medio de dilucidar sus dudas. Sí, por cierto; pero, eso es precisamente lo que él no quiere hacer; no quiere emplear, ni buscar siquiera ese medio, ni saber si existe. Se ofende, se irrita contra los que quisieran indicárselo. Quiere vivir á su antojo, quiere dejar á Dios su cielo; pero, él, por su parte, quiere poseer la tierra y gozar; y no quiere que en sus deleites terrenales le turbe el enojoso pensamiento de una religion, que pondria freno á todos sus malos deseos, á sus gustos inmorales, á sus acciones culpables. Prefiere ignorar y vivir en la apatía y la duda; venga, luego, lo que viniere!

Ya os he dicho, carísimos hermanos, que ese estado es un crimen; y ahora añado; que, permaneciendo en él, se expone el indiferente á la más terrible desgracia; porque, al fin, ya que no puede afirmar, que la religion sea falsa, supongamos, por un momento, que es verdadera. La muerte hiere. ¡Cielos! ¡qué formidable aparicion para el indiferente! Jesucristo es Dios, y Dios ha hablado. La vida del indiferente no fué más que un crimen, y su alma es inmortal. Él ofendió á Dios, y Dios es su juez. El infierno es, pues, una realidad; ábrese, recibe á la víctima, y la guardará eternamente; pues dad por seguro, que nadie se burla impunemente de Dios: *Deus non irridetur* (GALAT. VI, 7). Exponerse á sangre fria á semejante peligro, ¿no es, hermanos míos, un extravío de la razon, que raya en locura?

Y ¿en qué se apoyará el indiferente, para obstinarse en permanecer en su estado? En la otra hipótesis, en un *tal vez*, que espanta: *Tal vez, la religion es falsa*. ¡Pues bien! quitémosle este último pretexto. Supongamos, que no haya en la tierra una religion revelada. A

la muerte del indiferente, ¿qué hará Dios? En toda justicia, y por el respeto que á sí mismo se debe, habrá de condenar al indiferente, por no haber examinado si existia realmente una religion revelada, y por haberse expuesto, con negarse al exámen, á no practicar la religion revelada, dado caso de haber existido; pues Dios debe mirar el corazon del hombre para juzgarle, y castiga, no solo el crimen, sino tambien la simple voluntad de cometerlo. Y si el indiferente no quiere admitir esta consecuencia, vése obligado á quitar á Dios el poder de castigar y premiar; vése obligado á destruir el cielo y el infierno, y la inmortalidad del alma. ¿Qué quedará entónces en pié? ¿Qué sobrenadará aún, en ese naufragio universal de la verdad? Una vana palabra, solo el nombre de Dios, que ya no podria atemorizar al malo: el nombre de Dios, al cual se hace cómplice del ateísmo. Así, el ateísmo sale completamente armado de la indiferencia, ó bien el indiferente será necesariamente castigado, haya ó no existido una religion revelada.

Cierto dia, hallábase Jesús delante de sus enemigos, y probábase su divinidad; los judíos, devorados por el odio, iban á entregarse á violentos actos contra el Salvador, cuando Jesús les dirigió estas contundentes palabras: He hecho por la virtud de mi Padre muchas obras maravillosas entre vosotros; ¿por cuál de ellas creéis que merezca yo la muerte? (JOANN. X, 32). La Iglesia de Jesucristo, perseguida y rodeada de sus enemigos, puede tambien dirigirles las mismas palabras: He hecho en virtud de mi Padre muchas obras maravillosas entre vosotros: ¿por cuál de ellas merezco la muerte? ¿por cuál queréis expulsarme y exterminarme? Yo he creado la sociedad moderna. Sin mí, el mundo, segun lo han confesado los más célebres escritores, y aún mis más encarnizados enemigos, habria vuelto al caos. Yo he instruido á los pueblos; yo he desmontado vuestro campo; yo siempre he enseñado la caridad, virtud más fecunda que todas las leyes: ved cuál ha sido la obra mia que querais imputarme á crimen. Yo he moderado el poder de los soberanos; yo he suavizado la obediencia, calmado y asegurado más la libertad; yo he abolido la esclavitud; yo he templado las costumbres; yo he emancipado la mitad del género humano, dando honra y santidad á la mujer: ¿por cuál, pues, de todas estas obras queréis recriminarme? Yo he fomentado las bellas artes; yo he inspirado á los más grandes hombres, á los escritores más célebres; yo me he cautivado el amor de muchas grandes almas, de muchos corazones generosos, de muchos géneos brillantísimos: ¿qué ingratitud no fuera aprovecharse de todos mis beneficios y acusarme de ellos? Pero, nó, no sereis vosotros, genero-

sois hijos de la hermosa España, los que querais desterrar y condenar la sublime religion de vuestros abuelos. Vosotros la amais mucho. Amadla, pues, más y más; practicadla; y en premio de vuestro amor y de vuestras virtudes, ella os levantará de la gloria, que da en esta vida, á la gloria infinitamente apetecible de la eternidad. Así sea.

INDIFERENCIA RELIGIOSA.

II.

Vani autem sunt omnes homines, in quibus non subest scientia Dei.

Vanidad son ciertamente todos los hombres, en quienes no se halla la ciencia de Dios.

(SAB. XIII, 1.)

En nuestros días se han multiplicado de un modo extraordinario los hombres indiferentes; abundan en el recinto de las ciudades, se les halla hasta en las aldeas, se hallan en nuestras casas; son, algunas veces, nuestros parientes, nuestros amigos. No hay acaso una familia tan fuerte y tan bien conservada, que no pueda contar, entre sus miembros, algunas víctimas del error; y lo que se ve por todas partes, son hijos de la Iglesia, separados de su madre, hombres nacidos cristianos, que proclaman la revuelta contra Jesucristo y sus leyes. En presencia de una tan vasta indiferencia, quizá, un alma tímida se ha conmovido; acaso, aterrorizada con la soledad que habia al rededor, ha observado debilitarse su esperanza y vacilar su fé; acaso, esta alma, experimentando interiormente como una grande angustia, se ha preguntado á sí misma con inquietud: ¿dó estoy pues? ¿Dó voy, dó llevaré mi corazón y mis pensamientos?

Y bien; decimos al hombre: hay casos en que, para ser sábio, se puede y debe obrar de un modo distinto que la multitud. El cristiano, siempre sometido á la autoridad de Dios, jamás baja su frente ante los hombres. Un siglo no es infalible, sobre todo, cuando es ahogada

su voz por el grito de todos los demás siglos. Su autoridad no es, de ninguna manera, capaz de prohibirnos el exámen. Le citaremos al tribunal de la razon, le pediremos sus títulos; y si no nos parecen buenos, levantaremos encima una figura libre: esto es razonable, justo y digno de todo hombre concienzudo y veraz.

Hé aquí, cristianos, lo que me propongo, al buscar hoy, de buena fé, las causas que han, en derredor nuestro, multiplicado los indiferentes religiosos. Si tales causas son legítimas y santas, el siglo tiene razon; del mismo modo, si tales causas son depravadas y malas, tenemos razon contra el siglo. Pero, no vacilo un punto en decir, que estas causas, por su misma naturaleza, condenan la indiferencia religiosa, y la roban toda la autoridad, que ella parece, á primera vista, sacar del número. Hay algunas de estas causas de indiferencia, que suponen una grande debilidad de alma: hablaremos de ellas, primeramente. Hay otras, que son compatibles con un noble carácter, un corazón puro y un alma elevada; hablaremos de ellas en una segunda parte. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las pasiones del corazón son un manantial fecundo de indiferencia religiosa. Como esas terribles montañas, que alimentan en su seno volcanes, y vomitan la muerte por sus flancos entreabiertos; así el hombre, en el fondo de sus entrañas oculta fuegos terribles, violentos y sombríos, que trabajan por destruir su vigor, roer sus creencias; éstas son las pasiones del corazón.

Conviene entender, en primer lugar, que existe un combate natural, entre el cristianismo, que llama al hombre á todo lo que es grande, generoso, perfecto; y las pasiones, que, despues del pecado original, se disputan el imperio de su corazón, y tienden á ahogar en él el germen de todas las virtudes. Como si hubiese olvidado, que debe valerse del cristianismo como de una ala para volar á la esencia divina, las pasiones le arrastran al contrario, y le solicitan á todo lo que es material, físico, impuro. Así, desde luego que se despierta la razon, se entabla una lucha entre estos dos poderes, y esta lucha no es un frívolo juego, ni una vana diversion de algunos días; es una guerra á muerte, es una guerra de exterminio, que debe tener por término la ruina de los combatientes. Preciso es, ó que la religion triunfe y encadene las pasiones, ó que las pasiones, llegando á ser las señoras del hombre, arrojen la religion; porque seria conocer mal la naturaleza del espíritu humano, figurarse, que puede guardarse un cierto medio término, de suerte, que se conserve su religion hasta al fin, haciendo al mismo tiempo las cosas que ella condena. Hay un horror

invencible hácia toda exigencia. Hasta en virtud de las leyes que le rigen, no puede soportar la fuerza, ántes bien tiende con perseverancia, y, aún sin tener cuidado de ello, á realizar la armonía entre sus creencias y costumbres. Repugna demasiado al buen sentido, y hasta á la rectitud, seguir siempre una religion, que condena siempre nuestros pensamientos más habituales y más caros; servir siempre un maestro, de quien solo pueden esperarse palabras severas ó castigos. Es forzoso, ó renunciar á sus pasiones, y uno queda religioso, ó renunciar á su religion, y uno llega á ser indiferente; y hé aquí, cómo, á menudo, las pasiones del corazon han precipitado los hombres en el abismo de la indiferencia religiosa. Así, el desórden de las costumbres y el de las creencias están encadenados uno con otro, por medio de eslabones tan estrechos, que ciertos hombres, como ciertos pueblos, comienzan por ser corrompidos ántes de ser indiferentes; permanecen corrompidos miéntras son indiferentes; y recobran su fé inmediatamente que han recobrado su virtud.

¡Qué no tuviera yo aquí uno de esos indiferentes á quienes ahora se dirigen mis palabras! Yo apelaria á su conciencia; yo le haria convenir, que nada hay tan honorable y bello como la verdad; que no sirve lisonjearse: le suplicaria, pudiese la mano sobre su conciencia y nos dijera: ¿cómo y desde cuándo ha caído en la indiferencia? Porque, no se le ha visto siempre levantarse contra la religion de sus padres: me acuerdo aún de aquellos tiempos dichosos, en que era las delicias de una familia, que estaba encantada de él; le veo aún, en mi memoria, en la época de su entrada en el mundo. Entónces, los preceptos religiosos le parecian tan claros como la evidencia; no podia imaginar, qué vértigo arrastraba á rechazarles; y su razon no era ménos grande ni ménos fuerte; pero, su corazon entónces estaba puro... ¡Oh! vuestra alma hoy se irrita contra Jesucristo y su regla; ¡así, habeis bien cambiado! En vano se buscaria aquella elevacion tan pura de pensamientos, aquella delicadeza de sentimientos, aquella generosidad tan completa, tan tierna, que el noble candor de la fé alimentaba entónces en vosotros: vuestra frente, ménos abierta, parece oscurecida con algun nublado impuro; vuestros ojos, inquietos y errantes, parecen manchados con alguna inmundicia; vuestro corazon está abierto á alguna cosa que deseca; acaso al viento abrasador de la concupiscencia, cuyos funestos ardores ahogan y devoran todo lo que era la justicia y la verdad; ¡esto os ha robado vuestra fé! ¿No es cierto, que vuestras creencias han perdido su energia, á medida que el vicio ha ablandado vuestra alma? ¿No es cierto, que habeis combatido algun tiempo? Hubiérais deseado bien conservar

la fé, y esta religion, que os imprimia un involuntario respeto, y esas inclinaciones á que os dejabais arrastrar; sí; pero, en fin, fatigados por la voz del remordimiento, habeis pretendido imponerla silencio; habeis procurado aseguraros con el ejemplo y el número; habeis bebido evidentemente todos los brebajes que podian adormecer vuestra fé. Os habeis estremecido de placer á cada palabra irreligiosa, escapada de una pluma célebre ó caída de una boca elocuente; habeis querido aniquilar al Dios que os importunaba; son vuestras pasiones las que han engendrado vuestras doctrinas; y así es, como, en ciertos hombres y ciertos pueblos, el desórden de las costumbres prepara y trae consigo el de las creencias. Observad; que dó el desórden de las costumbres precede á la indiferencia religiosa, este mismo desórden la sigue y acompaña. ¿Dónde reina con mayor imperio la indiferencia religiosa? ¿Dónde cuenta con un mayor número de sectarios y amigos? ¿Es en esas aldeas oscuras, dó se respetan todavia las costumbres, los templos, la autoridad de la familia, dó el más bello espectáculo es un bello cielo y una bella noche?

Nó; esos hombres sencillos rechazan lo que nosotros llamamos luces; sentirian infinito se les robase el Dios del pesebre, la esperanza de la vida inmortal, el templo que les reúne en los dias festivos; no hay allí muchos indiferentes religiosos. Para hallarles en gran número, es positivo, que hay que venir á las ciudades; aún entre éstas, hay que elegir las ménos puras, porque en ellas serán más numerosos y más fuertes los indiferentes. Recorred una ciudad, y si hallais en ella algun indicio de inmoralidad ó improbidad, afirmad con toda seguridad, en proporecion del número de estos indicios, que hay un número igual de indiferentes religiosos; y si recorreis otra ciudad, y que en la misma extension, estas cosas sean más raras, afirmad todavia, que hay allí un menor número de indiferentes: afirmad esto, vereis que no era un error; pero, haced aún más, dividid el género humano en dos grandes masas; poned, en una parte, todo lo que hace profesion abierta del cristianismo, todo esto, excepto algunos hipócritas, que no son, en sustancia, más que indiferentes tímidos; todo esto, se halla ser bueno, virtuoso, caritativo; poned en otra, lo que hace profesion abierta de indiferencia religiosa, hallareis sin duda muchos hombres honorables, pero tambien, y en las mismas líneas, cuanto hay de infame, cruel, injusto, todo lo que la sociedad rechaza; porque no hay que forjarse ilusiones, los hechos hablan más alto que las palabras.

Echad una ojeada sobre los indiferentes religiosos, ved, primeramente, los que se remueven en los más humildes pliegues de la socie-